

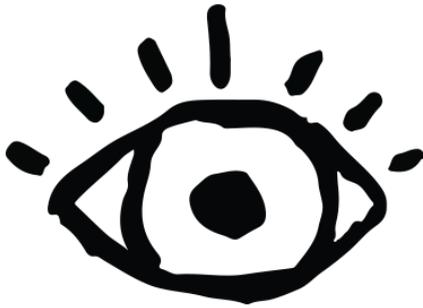
20
23
mx



Escribir un libro en comunidad

Adriana García Lamelas
Claudia García Coria
Emilio Carrera Quiroga
Gabriela Dodero
Gili Noverola
Jean Jiménez
Karina Tovar Luna
Linda Rivera
Luzciel de Gante
María Montaña Bayona
Maricela Solórzano Campo
Maripaz Covarrubias
Sara Rosales
Yering Ortega Tapia

Escribir un libro en comunidad



Taller de escritura creativa

C&C

Primera edición, abril del 2023

Ciudad de México, Bogotá D.C.

Diseño editorial: Emilio Carrera Quiroga

Diseño de portada e ilustraciones: Jean Jiménez

“A veces creo que no existe todo lo que veo.
Porque todo lo que veo es todo lo que vi.
Y todo lo que vi no existe”.

Antonio Porchia

Índice

Prólogo	5
Introducción	7
Relatos	10
<i>Mariana Montaña Bayona</i>	11
<i>Maricela Solórzano Campo</i>	14
<i>Adriana García Lamelas</i>	18
<i>Manual para escribir desde la empatía</i>	20
<i>Yering Ortega Tapia</i>	22
<i>Linda Rivera</i>	27
<i>Ryunosuke Akutagawa</i>	29
<i>Ficción, fuerzas protagónicas y antagónicas</i>	35
<i>Karina Tovar Luna</i>	38
<i>Sara Rosales</i>	44
<i>Gili Noverola</i>	48
<i>Claudia García Coria</i>	49
<i>Clarice Lispector</i>	55
<i>Luzciel de Gante</i>	58
<i>Jean Jiménez</i>	61
<i>Gabriela Dodero</i>	64

Prólogo

Escritura desde la empatía: la escritura nuestra de cada día.

Maripaz Covarrubias

Es domingo por la noche. Leo con atención cada una de tus palabras, de tus historias vueltas letras. Me gusta leerte en voz alta para que las palabras, como notas musicales, construyan su propia armonía y, así, te lea y escuche como si estuvieras a mi lado.

Se traduce la vida en cada renglón. Me detengo a mirarte e imaginarte mientras escribes tu relato. Te sé cerca y estuve a tu lado cuando me llevaste a viajar de la mano de cientos de imágenes; la ficción vuelta realidad, la realidad vuelta ficción.

Nuestra familia extendida CyC y su liderazgo con sentido humano invitan a explorar rutas distintas para construir nuevos mundos sensibles, con nosotros, con nuestros clientes.

Construir un relato empático desde la oralidad o la escritura es, sin lugar a dudas, un ejercicio altamente recomendable para nuestra vocación, para nuestra misión como personas comprometidas con esta industria.

Así que, querido lector, si este libro llega a tus manos podrás encontrar en él hermosos fragmentos de la vida de varios de nosotros. Nos conocerás desde “la otra orilla”: el mundo

sensible que nos recuerda el propósito de estar aquí: humanizar sensiblemente todo lo que hacemos.

Estoy segura que disfrutarás cada línea aquí vertida y te sorprenderás de encontrarte con seres humanos sensibles detrás de ese traje de “súper héroes”; tus agentes de seguros que diariamente transforman vidas y en el camino transforman la propia.

A ti que nutriste esta aventura con tus historias, te agradezco la confianza para abrir tu intimidad, para quitar los velos y recordarnos que estamos hechos de lo mismo, fragmentos de un gran rompecabezas.

Recibimos con respeto y admiración tus relatos. Aquí están a salvo; aquí encuentran un buen hogar; aquí los guardaremos para los siguientes en el camino.

¡Gracias infinitas por hacernos respirar!

Con admiración y amor,

Maripaz.

Introducción

Emilio Carrera Quiroga

“Escribir un libro en comunidad” fue un taller que tuvo como objetivo acercar a las agentes de seguros de C&C a herramientas para su trabajo y para practicar el arte del buen vivir en sus relaciones profesionales y en su vida personal. La forma de encontrar estas herramientas fue a través de la escritura creativa y su relación con la empatía como forma expresiva.

Nos reunimos en sesiones virtuales para preguntarnos juntas cómo era el arte del buen vivir, y cómo podíamos aplicar la técnica de la narrativa a la venta de seguros, y a la relación con los clientes.

Durante el taller vimos cuatro nociones sobre el arte del buen vivir que se relacionan con cuatro comunidades indígenas de México, Estados Unidos y Colombia. Las nociones fueron *caminar en belleza*, *el sueño del corazón*, *la reciprocidad* y *la coherencia*. Estas nociones nos acompañaron en la pregunta de cómo practicar el arte del buen vivir en la vida diaria y en nuestras relaciones como asesores financieros y de seguros.

Caminar en belleza implica, para la comunidad Lakota, integrar nuestra parte espiritual con la terrenal para que podamos guiar nuestra vida hacia el servicio. *El sueño del corazón*, desde el pensamiento tolteca, requiere aprender a escuchar la voz del corazón y atender esa voz para construir, desde esa escucha, una vida en coherencia con nuestra misión más profunda. *La reciprocidad* es una noción que tomamos de

la comunidad Kogui, de la sierra nevada de Santa Martha, en Colombia, e implica la oportunidad de relacionarnos con el planeta tierra desde la consciencia de una responsabilidad frente a nuestras decisiones de consumo y de utilización de los materiales que la tierra otorga. Y la *coherencia* es otra noción tolteca que promueve la práctica de ser congruente con nuestro pensamiento, palabra y acción. Estas cuatro nociones fueron la base con la cual conversamos sobre una práctica del arte del buen vivir que pudiera ayudarnos en nuestra vida diaria y en nuestras relaciones profesionales.

Por otro lado, aprendimos nociones como la ficción, el personaje, las voces en el relato y la estructura del relato, para aprender a escribir relatos breves y aplicar estas nociones a nuestra relación con los clientes, así como a la posibilidad de escribir desde la empatía, es decir, desde nuestra singularidad y sensibilidad como personas para que quien nos escuche, o lea, se sienta involucrado con nuestra historia.

A lo largo de seis sesiones hicimos ejercicios prácticos de escritura que dieron como resultado este libro que ahora está en sus manos. Todos los cuentos escritos en este libro son resultado de este taller y fueron escritos desde la empatía y las nociones que estuvimos conversando y trabajando juntas.

También leímos a autores y autoras de relato breve como Rosario Castellanos, Clarice Lispector, Ryunosuke Akutagawa, Elena Garro y Horacio Quiroga, entre otros autores que nos ayudaron a comprender la amplitud del relato breve y sus posibilidades como forma de escritura. De estos autores se comparten en este libro dos cuentos: uno de Akutagawa y otro de Clarice Lispector que fueron los más resonantes durante nuestras sesiones.

Este taller no hubiera sido posible sin la confianza y el apoyo de Maripaz Covarrubias, que fue generosa en aceptar mi

propuesta para abrir un espacio creativo para los asesores de seguros y para relacionar el arte y la práctica del buen vivir con el oficio de la asesoría de seguros. Normalmente estos espacios son ubicados en la capacitación para las ventas, y en la capacitación desde una perspectiva únicamente de negocios. Abrir talleres como éste permite que el arte y la creatividad encuentren un espacio como agentes de transformación en la manera en que se practican oficios que no son, necesariamente, artísticos o creativos, pero que están en relación con la vida y con las formas de pensamiento de una comunidad. La ficción, como conversábamos en nuestro taller, es la construcción de un mundo sensible que permite formas específicas de ser y de estar como personas. Este taller dispuso esta noción de ficción al servicio de un grupo de personas que se dedican a asesorar a otras personas para que tengan una mejor calidad de vida a través de aseguranzas. La empatía, y el arte del buen vivir fueron los dos ejes que dieron forma a lo aprendido.

¡Enhorabuena a quienes escribieron estos cuentos! Solo queda leerlos con la calma que merecen, y seguir creando juntas un mundo donde se pueda ser y crecer de diversas formas, en la práctica del arte del buen vivir y con la empatía de escuchar y ser escuchado por las otras para servir de la mejor manera al cuidado de la vida y la planeación de un futuro y un presente que permita una vida digna.

Gracias a quienes se dieron el tiempo de escribir los relatos y de atender el taller que con tanto entusiasmo creamos Maripaz y yo. Este libro es para ellos, ellas, que pusieron su imaginación al servicio de este libro.

Relatos

LA FOGATA

María Montaña Bayona

El fuego de aquella fogata no solo calentó las manos de Mar sino también su corazón, abrumado por las inseguridades de su existencia. Su amiga Clara le recordaba la luz en su interior que luchaba por salir mientras envolvía sus hombros con un cálido abrazo.

Al día siguiente regresaron a la realidad ajetreada de sus propias vidas. Su jefa era una mujer insolente que había dejado a cargo la dirección a su único hijo, un joven malcriado y egoísta que pisoteaba a diario a Mar porque, en el fondo, sabía que ella tenía el carácter y el conocimiento para llevar aquella compañía al primer lugar. Ese día, la jefa de Mar tenía otros planes para su hijo. No bastaba con la autoridad que le había dado. Ahora planeaba dejarlo a cargo de la compañía. Se escuchó el rumor en los pasillos: reunión extraordinaria. Cuando estuvieron todos reunidos en la sala de juntas, la jefa informó su decisión. Todos quedaron perplejos pues sabían que la empresa iba a quebrar. Mar decidió entregar su renuncia. Clara se sintió invadida de emoción y siguió sus pasos. Al salir de las oficinas se miraron a los ojos y sonriendo dijeron en coro: “La Fogata”. Es el nombre que le pusieron a la compañía que ahora dirigen y que tiene a sus clientes absolutamente felices pues les dan un cálido servicio con amor.

AMOR A LA VIDA

María Montaña Bayona

Esa mañana me levanté muy deprisa porque se hacía tarde. Solo me lavé la cara. Usé la ropa del día anterior, al percatarme de que no tenía mal olor. Cuando salí a la avenida, recordé que no le había dejado queso y semillas a mi búho -¡pobre animal, se ha hecho adicto al queso!- No pude regresar pues debía llegar a tiempo a mi entrevista. El semáforo estaba en verde pero no vi que sólo le faltaban segundos para cambiar. Atravesé con afán la avenida y, cuando faltaban tres pasos para tocar la banqueta, fui azotada con fuerza contra el pavimento por una combi que iba para el centro ¡Si tan solo le hubiera regresado al planeta un poco de lo que me da, mi vida sería diferente! Es lo que pensaba mientras escuchaba llorar a mi madre en la habitación del hospital.

Quisiera contarte una historia diferente: esa mañana María se levantó muy temprano pues quería llegar a tiempo a su entrevista. Le oró a su Dios en silencio para agradecer el privilegio de vivir y todo lo que generosamente recibe de su creación; luego, se bañó con agua tibia, usó su rutina para la piel, se puso su mejor traje, que había dejado limpio y planchado desde el día anterior, le dejó semillas y un poco de queso a su búho -el cual se comió de un jalón-, se cepilló su cabello y maquilló su rostro para la ocasión.

María salió de su casa muy bien arreglada y repasando mentalmente sus notas respecto a la compañía en la que pretendía ser contratada. Aprovechó el tiempo que esperó respetuosamente en el semáforo para contemplar la mañana cálida y el aire fresco. Pasó la avenida sin contratiempos y

tomó el transporte que necesitaba. Llegó antes de tiempo a su entrevista y fue seleccionada para el puesto. En su primer día de trabajo, mientras organizaba su escritorio, pensaba, “¡qué privilegio tan grande es disfrutar la vida y sentir gratitud por amarla!”.

¿Qué historia quieres contar tú?

EL CIEGO QUE SE VIO

Maricela Solórzano Campo

Había un hombre muy rico el cual vivía cómodamente. Tenía el control de sus decisiones y dirigía una gran corporación. Una mañana, se despertó con la intención inmediata de realizar sus ejercicios físicos. Cuando abrió los ojos, solo vio “oscuridad”. Asustado, volvió a cerrar los ojos creyendo que estaba soñando e hizo varias veces esto hasta que entendió que había perdido la vista ¡Estaba ciego! Entonces, llamó a su esposa, la cual anteriormente era la persona más feliz en su matrimonio, y le pidió que llamara a sus médicos. -Cuida que sea alguien de la red- le dijo. Después de varios días de revisión y análisis, le dijeron que no había esperanza. Entonces, reunió a su familia y les dijo que las cosas iban a seguir como antes; solo necesitaba el apoyo de todos. No pasaron más de 3 meses, cuando había un gran vacío en ese hogar, y solamente había alguien muy peludo a su lado que no lo dejaba ni un solo minuto. Poco a poco, todos sus familiares se alejaron a tal punto que entendió que su única familia era esa cosa peluda que se llama Brandon, su gran amigo que le brindaba amor y compañía. Entendió el hombre rico que la felicidad no estaba en el dinero y que había alguien que siempre lo valoró tal cual era él: su perro Brandon nunca lo abandonó.

LA ESPECIE QUE AÚN CONTINÚA

Maricela Solórzano Campo

Tomasa, la líder del enjambre, busca con gran esmero el mejor árbol y logra encontrar uno robusto, lleno de vida y de grandes brazos con un hueco ideal para hacer su nido. De inmediato avisa a su enjambre y la abeja reina es escoltada al lugar para comenzar a poner sus huevos. En pocas semanas ya hay crías que son alimentadas por las abejas nodrizas; todo es perfecto. Las abejas salen a visitar las flores, a tomar el néctar y regresan a alimentarse creando una gran *COLMENA*. Es hermoso. Todo fluye correctamente y la miel es suficiente para todos los que colaboran en la comunidad. Pero Tomasa sale nuevamente a buscar otro lugar para seguir creciendo porque la comunidad es grande; a su regreso, ve que la colmena está en medio de un gran incendio por lo que viaja con gran velocidad y prepara a su comunidad para evacuar. Todos acopian miel y polen en sus cuerpos y salen desesperadamente viajando en enjambre, enfocados en proteger a la abeja reina, pues hay que salvarla para poder continuar en otro lugar. Con mucha fe se unen y logran salvar a su reina encontrando refugio en una rama. Y comienza nuevamente el ciclo de la especie.

VIDA EN PAREJA

Maricela Solórzano Campo

I

Elena era una mujer muy fuerte y enfrentaba los retos que se le presentaban en la vida con valentía. Contrario a ella, su esposo Juan tenía el temor a fracasar ante los negocios. Tenían 10 años de casados cuando decidieron emprender una tienda de bicicletas pero Juan, a pesar del riesgo, confió que su esposa tenía la fuerza que a él le faltaba si las cosas no salían bien.

Pasaron 5 años y Elena y Juan habían logrado buenas ventas, sin embargo, ella tuvo un percance y quedó hospitalizada por varios meses. Juan tuvo que enfrentar el reto de sacar adelante el negocio y además su familia. En ese momento renunció al temor y además se hizo cargo de la atención que necesitaba su esposa. Al cabo de un año, Elena pudo recuperarse y le escribió una carta a Juan en la que le dijo: –No cabe duda de que me case con el único hombre que podía estar conmigo y ser fuerte ante cualquier adversidad. Estoy agradecida y siempre supe que lo que había visto en ti era verdad–.

II

Elena conoció a un joven llamado Juan. Estaban en una tienda cuando empezó a temblar. Juan estaba asustado y Elena lo tomó de la mano y le dijo: –Mantén la calma. Tienes que concentrarte en que esto pasará pronto–. Después de unos minutos, todo volvió a la normalidad y Juan invitó a Elena a tomar un café.

Después de unos meses se casaron y a los 10 años emprendieron un negocio. Juan hizo algunas malas inversiones y comenzaron a pasar una crisis financiera, sin embargo, Elena estuvo con él y le dijo: –No te preocupes, esto pronto pasará. Solo tienes que concentrarte y saber qué hiciste mal y cómo podrías invertir mejor–. A los meses, Elena se dio cuenta que había aumentado el dinero en su cuenta y le escribió a Juan: –¿qué pasó?– Juan le respondió: –¡Lo logré amor! Hice una grandiosa venta– Entonces ella exclamó: –Cuando te conocí, siempre supe que lo que había visto en ti era verdad. Me casé con un campeón–.

EL PERRHIJO AMADO

Adriana García Lamelas

Llovía incesantemente y nuestro amigo peludo escurría por todas partes titiritando de frío y sin haber comido nada porque el tendero del mercado que le daba bolillos no había ido a trabajar hoy. Así que Popis caminó y caminó hasta que llegó a su calle preferida, esa donde siempre podía ver, al cruzar la calle, una casa que siempre tenía un olor delicioso a comida y donde los niños se veían jugar todas las tardes felices. ¡Ah! Cómo le hubiera gustado al pobre Popis pertenecer a una familia y ser un perrhijo mimado. Pero no, a él le tocó ser perro de la calle, "streeter", como le dicen, y andar a su suerte esquivando coches y huyendo de otros perros más grandes.

Cada vez que iba a casa de los García veía que los niños después de jugar se comían unos sandwiches y tomaban agua de limón que su mamá les ponía en el pórtico; era muy común que los niños dejaran el sándwich y siguieran jugando olvidando que ahí lo dejaban.

Así que Popis se dio a la tarea de ver la forma de entrar en ese pórtico pero había una reja alta y muy cerrada de esas de alambre. Así que poco a poco revisó el lugar y se dio cuenta que una esquina de la reja no estaba muy bien anclada y se puso a rascar y rascar la tierra hasta que hizo un pasadizo. ¡Huy! Ya le había quedado perfecto el túnel cuando vino al día siguiente el jardinero y volvió a tapar el hoyo.

Popis se enojó y correteó al jardinero e hizo gran escándalo. El jardinero lo reportó con el conserje del fraccionamiento y el conserje le dijo al jardinero -si caray, ese pobre perro es manso pero es callejero y anda buscando casa-. Aun así lo

corrieron del fraccionamiento. A los dos días estaba otra vez allí, haciendo su hoyo. Por fin, lo consiguió.

Ya era viernes y los chicos Garcia se iban de fin de semana Popis se metió en el pórtico y anduvo recogiendo del piso migajas y lo que se encontró para comer. Y el lunes que los chicos salieron a jugar, como de costumbre, la mamá les dio los sándwiches y Popis pudo comer algo que se robó.

Pasaron los días hasta que uno de los niños lo vio y empezó a alimentarlo en secreto. El perro ya se dejaba acariciar. Un día, el papá se dió cuenta que el perro estaba ahí con los niños y se asustó terriblemente por ver el aspecto del perro; creyó que iba a morder a sus hijos. Se abalanzó con un palo y quiso pegarle para correrlo pero Popis por su naturaleza se defendió. Terminó en una jaula de la perrera municipal. Los niños lloraban y le explicaron a su padre que el perro no era malo y que ellos querían adoptarlo así que el padre, a regañadientes, fue a ver si aún estaba con vida. Allí lo encontró en la perrera ya haciendo fila para el matadero. Pidió que se lo entregaran y firmó que se haría cargo de él. Lo llevó a una veterinaria y ahí lo desparasitaron, lo inyectaron y lo dejaron como nuevo.

Cuando fueron a recogerlo el padre no podía reconocerlo era un perro viejo pastor inglés color beige, hermoso. Era increíble; la mugre que cargaba no dejaba ver lo hermoso que era.

Su vida cambió. Lo adiestraron y le pusieron otro nombre que a él no le gustaba pero no importaba porque ahora era un perro de casa. Los dueños contrataron un seguro de gastos médicos y RC para estar tranquilos por si hiciera daño a algún vecino o a sus hijos. ¡Ahora sí era un perro de clase! Con correa, medalla con su nombre, un cojín donde dormir, una casa linda, comida diaria y dueños que lo amaban. Era un perrhijo amado como siempre había soñado.

Manual para escribir desde la empatía

Cuando escribimos desde la empatía, lo hacemos desde nuestra sensibilidad y singularidad como personas. Intentamos que la escritura refleje nuestro mundo interior, y observamos la realidad a través de ese mundo interior. En lugar de escribir desde la distancia, y desde el dominio de nuestro material de escritura, nos adentramos a la escritura desde una cercanía con aquello de lo que escribimos. Para lograr esta cercanía, nos ponemos en medio de lo que escribimos, y desde ahí empezamos a escribir como si las palabras atravesaran nuestra singularidad.

Se debe generar empatía entre lo que escribo y nosotros mismos. Necesitamos aprender a ser vulnerables en la escritura, en el relato, y dejar de escribir desde una distancia hacia lo que escribimos.

Aprender a escribir desde la empatía implica aprender a escribir desde las fuerzas que están en el presente de cada persona, y desde los afectos que estas fuerzas provocan.

**Preguntas para escribir con la empatía
y para relacionarme con mis clientes
desde la empatía**

*¿Cómo se relaciona una escritura empática
con su trabajo como asesores?*

*¿Reconozco qué fuerzas, protagónicas y antagónicas,
afectan mi presente como persona?*

*¿Desde qué lugar de enunciación y desde qué mundos
sensibles estoy construyendo relatos para mis ventas como
asesora?*

INTUICIÓN VS MENTE

Yering Ortega Tapia

-Siempre supe que lo que había visto era verdad- pensé reprochándome mientras firmaba, aliviada, mi acta de divorcio. Cuando lo conocí me pareció muy educado, parlanchín y buena persona. Lo que más me gustaba es que, pese a que era un exitoso y próspero empresario, era un hombre sumamente sencillo y bondadoso. Pero ese halo de “perfección” que le rodeaba me parecía demasiado bueno para ser verdad. Cuando se acercó a mí para salir, mi intuición, mi parte sabia, me decía que algo no cuadraba. Esa voz interna, que ahora reconozco que siempre me ha acompañado, me decía que no confiara pero en aquellos tiempos era muy joven, lógica y muy ciega y sorda para creer que todos tenemos una voz interna, sabia y acertada, que no quise escuchar y mucho menos obedecer. Eso sería algo que sólo haría la gente loca que actúa por algo irreal y no por lo que ve y que “es real”.

Para cerciorarme de que todo estaba bien, organicé una comida con mi amigo Ismael, psicólogo experimentado, para que diera su Vo Bo y avanzar en lo que surgiera con tranquilidad y confianza. Su comentario fue que él no había observado nada raro o malo.

La boda, la que siempre pensé que me gustaría si algún día me casaba y que no era mi interés ni mi meta en la vida -y de hecho era lo de menos para mí- se realizó 7 meses después. Fue elegante en cada detalle y se podría decir que hasta ostentosa. Vino gente de diferentes partes del mundo y del país a esa fiesta maravillosa en el Restaurante del Lago, enmarcada por su lago y esa maravillosa fuente que brillaba en todo su esplendor mientras el agua tomaba diversas formas

y colores. Todo salió perfecto y la gente seguía, y siguieron por años, recordándola como la mejor boda a la que habían ido. Justamente esos recuerdos se volvieron dolorosos y una carga para mí cuando, a menos de dos meses de casada, empecé a descubrir su lado oculto. Un billete de dólar perfectamente doblado, casi artísticamente, oculto en su cartera, repleto de cocaína, vino a despertarme de golpe de mi cuento de hadas. En un segundo mi mundo se derrumbó. Mi proyecto de vida y mi “vivieron felices para siempre” se esfumaron; me quedé, literalmente, petrificada; sin poder moverme no sé por cuánto tiempo.

Me preguntaba ¿Cómo voy a manejar esto? ¿Qué voy a hacer ahora? Yo nunca había tenido encuentros cercanos con drogas o una situación así. Me faltó calle; crecí demasiado “fresa” y no tuve la malicia de ver las señales que tuve enfrente por falta de experiencia y vivencias. A partir de ese momento, mi vida se volvió un infierno y mientras más tiempo pasaba me sentía cada vez más perdida, sola, desesperada y sin salida ¿Cómo salir de eso sin decepcionar a todos los que me conocían? ¿Cómo liberarme sin transgredir todo lo que me habían enseñado e inculcado como correcto?

Las cosas se fueron poniendo peor y más intensas. Sus ataques de celos, paranoia, manipulaciones y esquizofrenia escalaban niveles cada vez más insoportables. Estaba atrapada. No tenía escapatoria alguna; mi única opción sería quitarme la vida y empecé a considerar seriamente mis opciones: cómo, dónde y cuándo pero no era mi momento y mi familia notó que yo había cambiado. Estaba triste y evasiva aunque hacía un enorme esfuerzo por fingir que todo estaba de maravilla. Cada vez que alguien me felicitaba por mi reciente boda y porque estaba “en plena luna de miel” no podía evitar sentir que ese dolor que me ahogaba crecía con esos inofensivos comentarios. Gracias a la invitación a un curso, que terminó siendo el inicio de una terapia con la recién

y novedosa PNL, es que pude darme cuenta de que sí había salida y que con 24 años aún tenía una vida por delante que podía ser diferente y maravillosa. Empecé a pensar en mí antes que en los demás y tomé las riendas de mi vida para llevarla a donde realmente quería y no a donde me fue asignado.

La transición de crecer fue muy dura. Tuve que dejar de ser yo, deshacerme de todo lo que conocía para poder renacer; reconstruirme más fuerte, más libre y más feliz. Hoy te puedo decir que definitivamente hago caso a mi intuición (mi voz sabia) y dejo de lado a mi mente que ya demostró que puede ser muy ciega.

Nadie dijo que la vida y que el crecimiento personal fueran fáciles pero hoy puedo decir que vale la pena pagar el precio de romper las cadenas que nos quieren atrapar donde no somos felices.

TACOFOBIA

Yering Ortega Tapia

Ese día de fin de semana me desperté más temprano, de manera natural, sintiéndome tan descansada como si hubiera dormido un día completo. Me alegré de que haya sido antes de que ese molesto despertador interrumpiera mi sueño como cada mañana. Me estiré, volteé hacia la ventana y vi como el cielo tomaba un color anaranjado amarillento porque empezaba a clarear. Noté las puntas de los árboles del bosque que rodea el lugar donde vivo y, sin pensarlo más, me senté y me levanté de inmediato tomando en automático la ropa deportiva que había dejado lista desde la noche anterior para salir rápidamente. Me puse mis tenis, esos, los que más tiempo tienen conmigo pero siguen siendo mis favoritos, pudiendo elegir entre tantos pares que aguardan en mi closet para ser los elegidos para acompañarme alguna mañana a ejercitarme.

Llegué en unos minutos al bosque. —Qué afortunada soy de vivir tan cerca y poder disfrutar de la naturaleza cada día—. Calenté un poco y empecé a trotar para después iniciar a correr. Había dado varias vueltas, ensimismada en mis pensamientos buscando diferentes soluciones para los temas que rondaban en mi cabeza ese día y de repente noté a una pequeña niña de unos 3 o 4 años parada juntos a unos columpios que lloraba desconsolada mientras una mujer joven que la acompañaba y, supongo era su mamá, hablaba con ella. Conforme seguía dando mis vueltas de rutina, noté que la mujer seguía explicándole algo pero la situación y la mujer se tornaban cada vez un poco más tensas y aunque ya había terminado mi tiempo de rutina de correr no paré porque me intrigaba saber qué era lo que pasaba con la pequeña. En una

banca no muy lejana estaba sentado un anciano que unos minutos antes leía muy concentrado un libro. No pude evitar verlo porque me llamó la atención y me pareció simpático que usara un llamativo sombrero rojo adornado con una hermosa flor azul. Ahora él también estaba atento a la escena y estaba tan absorto que ya hasta había dejado a un lado su libro. Finalmente, la mujer explotó y terminó preguntándole a gritos a la niña: –¿Cómo puedes tenerle miedo a los columpios? ¡Nunca te has caído de alguno! ¿Qué te va a pasar si estoy aquí a un lado para cuidarte? ¿Qué tengo que hacer para que estés tranquila?– Me sentí tranquila de que el origen de ese llanto no era un tema que atentara contra la integridad de la pequeñita. Era nada más que un miedo infantil, una fobia que seguramente algún día con el tiempo o, en el peor de los casos y eso si fuera importante en su momento, lo superará con terapia cuando sea grande.

RELATOS

Linda Rivera

I

Nació con fuertes convicciones que lo impulsaban a continuar caminando por la vida.
La paz y el equilibrio lo llevaban de la mano
La calle de la vida presentaba todo tipo de situaciones.
Y él lograba encontrar siempre soluciones.
Después de todo, era un perro callejero.

II

Por un regalo de la vida, fui testigo del momento en que dos seres que vivían unidos sin estar juntos, llegaron a la separación temporal definitiva de esta dimensión temporal. En ese momento, en ese beso profundo que se regalaron, comprendí que el amor es la fuerza más potente que existe, pues había visto cómo se procuraban todo tipo de bondades y su vida transcurría de la manera más bella posible. Y siempre supe que lo que había visto, era verdad.

III

Desde el inicio de la existencia, era libre, y deseaba ardientemente abrasarlo todo con su vehemencia. Pero ahora las cosas habían cambiado.

Veía con admiración e incertidumbre cómo el agua era tan libre como él, e igualmente insaciable. El aire lo animaba constantemente, reforzando la majestuosidad de sus llamas que envolvían todo lo que tocaban. Pero la complicidad que existía entre la tierra siempre dispuesta, y el agua, preocupaba intensamente al fuego, que siempre había avanzado por todos los horizontes confiado. Ante las devastadoras evidencias del poder y la belleza de los cuatro, su sabiduría ancestral los llevó a la sensatez de la urgencia de establecer acuerdos entre ellos. Y así han logrado cohabitar la tierra desde tiempos imposibles de contar, el voluble aire, la firme tierra, el agua incontenible, y el intenso fuego abrasador.

SENNIN

Ryunosuke Akutagawa

Un hombre que quería emplearse como sirviente llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre. Lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo. Este hombre -que nosotros llamaremos Gonsuké- fue a una agencia de “Colocaciones para cualquier trabajo”, y dijo al empleador que estaba fumando su larga pipa de bambú:

- Por favor, señor empleador, yo desearía ser un *sennin*. ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente? El empleador, atónito, quedó sin habla durante un rato, por el ambicioso pedido de su cliente.

- ¿No me oyó usted, señor empleador? dijo Gonsuké-. Yo deseo ser un *sennin*. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

- Lamentamos desilusionarlo -musitó el empleador, volviendo a fumar su olvidada pipa-, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de *sennin*. Si usted fuera a otra agencia, quizá... Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

- Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel “Colocaciones para cualquier trabajo”? Puesto que

promete *cualquier* trabajo, usted debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionadamente, si no lo cumple. Frente a su argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

- Puedo asegurarle, señor forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto -se apresuró a alegar el empleado-; pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa, y logró, momentáneamente por lo menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un *sennin*. De modo que al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino. Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

- Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un *sennin*, con rapidez? Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta, conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

- Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos *sennin*.

- ¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo que algo relaciona a un doctor con un *sennin*. El empleado, que felizmente ignoraba los

designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo. Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer, le regañó malhumorado:

- Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita promesa después de tantos años? La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:

- Estúpido. Mejor no te metas. Un atolondrado tan estúpidamente tonto como tú, apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de te comeré o me comerás, para mantener alma y cuerpo unidos. Esta frase hizo callar a su marido.

A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con *haori hakama*, quizá en honor de tan importante ocasión. Gonsuké aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que no esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a *sennin*. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:

- Me dijeron que usted desea ser un *sennin*, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.

- Bien, señor, no es mucho lo que puedo decirle -replicó Gonsuké-. Realmente fue muy simple: cuando vine por primera vez a esta ciudad y miré el gran castillo, pensé de esta manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive

allá, debe morir algún día; que usted puede vivir suntuosamente, pero aun así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... justamente lo que sentía en ese instante.

- Entonces -prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación-, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un *sennin*?

- Sí, señora, con tal de serlo.

- Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.

- ¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.

- Pero -añadió ella-, durante veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?

- Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.

De esta manera empezaron a transcurrir los veinte años, que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo; tenía que seguir al doctor en sus visitas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Ni siquiera por todo este trabajo Gonsuké pidió un solo centavo. En verdad, en todo el Japón, no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.

Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado *haori* como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa. Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años. - Y ahora, señor -prosiguió

Gonsuké-, ¿quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser *sennin* y alcanzar juventud eterna e inmortalidad?

- Y ahora, ¿qué hacemos? -suspiró el doctor al oír la petición. Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decir ahora a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los *sennin*? El doctor se desentendió diciendo que no era él sino su mujer quien sabía los secretos.

- Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga -concluyó el doctor y se alejó torpemente. La mujer, sin embargo, suave e imperturbable, dijo:

- Muy bien, entonces se lo enseñaré yo; pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un *sennin*; y además, tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.

- Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea, contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.

- Bueno -dijo ella-, entonces trepe a ese pino del jardín. Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para asegurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.

- Más alto -le gritaba ella-, más alto, hasta la cima.

De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su *haori* flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto. - Ahora suelte la mano derecha. Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y cautelosamente dejó libre la derecha.

- Suelte también la mano izquierda.

- Ven, ven, mi buena mujer -dijo al fin su marido, atisbando las alturas-. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.

- En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡He! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?

En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer retomaron aliento, Gonsuké y su *haori* se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... Pero ¿qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo! ¡Se detuvo! En medio del aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.

- Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un *sennin* -dijo Gonsuké desde lo alto. Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.

¿Qué es una ficción, y cuáles son las fuerzas protagónicas y antagónicas en una ficción?

Una ficción es la construcción de un mundo sensible.

*

No importa si una ficción es real no es real, sino qué mundos sensibles construye y qué formas de percepción y de ser y estar como persona permite.

*

Nuestra vida, nuestra personalidad, nuestras decisiones de consumo, de ocio, de relaciones, están determinadas por las ficciones que componen nuestra forma de ser, estar y pensar. Las ficciones no son solamente relatos, sino formas de pensamiento, prácticas, relaciones.

Preguntas sobre la ficción

*¿Qué mundos sensibles estamos construyendo
con nuestros clientes?*

*¿Cómo podemos ser empáticos frente a las ficciones que
estamos construyendo, y a los mundos sensibles
que nuestras ficciones construyen?*

*

Las fuerzas protagónicas son las fuerzas que empujan la acción en el relato. Las fuerzas antagónicas son las fuerzas que van en contra de las fuerzas protagónicas, es decir, en contra de la acción del relato. De este choque se genera el conflicto.

En nuestra vida también hay fuerzas protagónicas y antagónicas. Las fuerzas protagónicas están guiadas por el deseo, mientras las antagónicas están guiadas por aquello que detiene el deseo.

Preguntas sobre las fuerzas protagónicas y antagónicas

¿Qué fuerzas protagónicas y antagónicas mueven mi vida, es decir, qué deseo y qué detiene ese deseo?

¿Cómo puedo utilizar mis propias fuerzas protagónicas y antagónicas para hacer un relato que sea empático con un cliente?

¿Qué fuerzas protagónicas y antagónicas me imagino que pueden estar presentes en la vida de un cliente, y cómo puedo relacionarlas con las mías, para relacionarme de manera empática con un cliente?

SECRETO DEL BOSQUE

Karina Tovar Luna

Caminando, como cada noche, por aquel bosque húmedo con olores intensos a todo tipo de hierbas y flores, solitario, oscuro, tranquilo, silencioso y a la vez lleno de vida, donde solo el viento hace hablar a las hojas de aquellos habitantes de ese magnífico lugar, voy de regreso a casa pero en esta ocasión me ha llamado la atención ver a lo lejos a una niña inocente, con una hermosa cabellera oscura y unos ojos enormes, de tez blanca y con una voz dulce, pidiéndole nerviosa, pero a la vez emocionada -como si estuviera desafiando el reto más grande de su vida- a su abuela que por favor se subiera al columpio con ella porque tenía mucho miedo pero no quería perder la oportunidad de saber lo que es volar con ella.

Esa gran escena, con la vieja hermosa que reflejaba paz, felicidad y con una gran sonrisa y esa niña inquieta, me hizo recordar mi infancia. Es como si estuviera experimentando un deja vu. Al acercarme un poco más, camuflada en la oscuridad, cuál fue mi sorpresa: era yo. Mi corazón se aceleró. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro y lágrimas de felicidad no dejaban de caer.

Una mirada fija sentí detrás de mí. Al voltear, cómo no reconocerlo, era el guardabosques que cada vez que cruzábamos camino en la noche, de una forma muy cortés, me saludaba y me decía con un susurro que un gran secreto había en este bosque preparado para mí. No decía más. Solo esas palabras y seguía su camino despidiéndose con una gran sonrisa. Nunca entendí sus palabras pero sembró en mí tan

grande curiosidad que probablemente era la razón por la cual cada noche cruzaba este hermoso bosque para llegar a casa.

No podía dejar de verlo. Se acercó a mí y me dijo -hoy un gran secreto ha sido revelado. Es un regalo que la vida le ha dado. No pierda más el tiempo que la noche avanza y corra a abrazar a su niña interior que ahora ha salido de usted para sentirla, acariciarla, olerla y decirle lo orgullosa que está de usted por el gran camino que ha recorrido y hasta dónde ha llegado. Y siempre a su lado se encuentra su segundo gran amor, que es su abuela, la que siempre ha estado a su lado. Así que no las haga esperar más. Usted ha decidido este encuentro. Precisamente es este momento, el cual ha sido perfecto. Tal vez nunca fue consciente pero su alma y espíritu lo estaban anhelando. Bienaventurada sea hoy y siempre-.

Abracé al guardabosques y le dije: -gracias por guardar este secreto-. No pude esperar más. Corrí a gran velocidad. Me agaché y mi niña ya corría hacia mí. Se colgó de mi cuello abrazándome tan fuerte que en ese momento mágico pude darme cuenta que siempre he amado a mi niña, que me amo y que siempre amaré a la persona que llegaré a ser. Mi hermosa abuela, con sus manos manchadas, pesadas y arrugadas, nos tenía sujetándonos las manos transmitiendo ese sentimiento de protección, amor y dulzura incondicional.

Ahora, cada vez que cruzo ese gran bosque, se alimenta esa llama que mantiene prendido mi corazón de amor, alegría esperanza y fe.

SILENCIO CON RUIDO DE AMOR

Karina Tovar Luna

I

Siempre supe que lo que había visto era verdad. Al principio no entendía por qué se había quedado callada; por qué no tuvo el valor de decirme por lo que estaba pasando. Ella sabía que era todo para mí, mi madre, mi amiga y, aun así, decidió estar en silencio.

Hace casi un año, mi madre ya no era la misma. Una mujer que estaba en movimiento todo el día. Ya jubilada después de 30 años de servicio enseñando a pequeños niños de primaria; recuerdo que amaba su trabajo; un par de veces tuve la oportunidad de visitarla en la primaria y, cuando entraba a su aula, veía sentados a decenas de pequeñitos en sus pupitres muy atentos escuchando a mi mamá. Qué orgullosa me sentía de ella, con una postura dura, con su voz firme, con autoridad, sería pero, a la vez, tierna y paciente. Fue una gran profesora para esos cientos de niños que tuvo el privilegio de enseñar en todos esos años de carrera. Llegaba a casa y siempre tenía algo que hacer. Jamás estuvo quieta. Nunca entendí de dónde sacaba fuerzas y tiempo para hacer tantas cosas. Sorprendentemente, trabajaba dos turnos, hacía tareas en el hogar y era una magnífica mamá de 3 niñas. Así es, mis dos hermanas y yo. Hasta que algo empezó a crecer en ella. No sabía que era un enemigo que se la llevaría de mi lado.

El amor más puro y grande que he tenido en mi vida, mi madre, dejó de comer. Ahora dormía más. Ya no sonreía

como antes; el color de su piel comenzó a cambiar.

–Mamá hermosa–. Le decía –¿Qué es lo que aqueja tu vida?–. Ella solo me miraba con sus ojos llenos de amor diciéndome: –no te preocupes, esto pasará–. Cuando por fin me enteré que el enemigo, llamado cáncer, ya habitaba en ella en muchos lugares de su hermoso cuerpo -el cual amaba porque nueve meses de mi vida fue mi hogar- ya era demasiado tarde. El dolor de mi mamá era tan grande que ahora ya no soportaba ni siquiera que mi brazo y mi mano la sintieran.

Al final, cuando ella ya no estaba a mi lado, debo reconocer que entendí que su silencio significó amor. Evitó que mi sufrimiento, en tiempo, fuera menor. Pero lo que ella nunca supo es que, aunque hizo que mi sufrimiento fuera corto, la intensidad de ese dolor que viví con ella los últimos 30 días de su vida ha sido el más fuerte que he experimentado en la mía. Ver sufrir al gran amor de tu vida y saber, en lo más profundo de tu corazón, cuando sabes que la esperanza se está agotando, que pronto enfrentaría seguir mi vida sin volver a ver sus bellos ojos.

II

Un sábado en la mañana, cuando apenas el alba se estaba asomando, como de costumbre, ya estaba levantada y preparando el café para recibir al sol con una buena taza y en compañía de mi madre. Cómo amaba esas mañanas, llenas de tranquilidad, con olores de hogar y feliz por disfrutar un nuevo fin de semana. Pero algo pasó esa mañana. Ella no se levantó. Después de tantos años esto nunca había pasado; entré a su cuarto y aún seguía dormida. Decidí acercarme y ver cómo estaba. Al sentarme en la orilla de su cama, ella despertó y me dijo que se sentía muy cansada y que prefería seguir dormida. Asombrada de lo que había escuchado le pregunté: –Mamá hermosa ¿por qué últimamente ya no realizas tus actividades como antes? ¿Acaso te sientes mal? ¿Estás enferma? Te veo más delgada y tu mirada ya no es la misma. Ahora mismo refleja tristeza. Por favor, dime qué tienes–.

Ella en ese momento me abrazó con tanta intensidad que mi cuerpo se estremeció y me contestó: –tu mamá está envejeciendo– y sonrió. Muy dentro de mí, sabía que algo no estaba bien, sin embargo, respetaba y confiaba en lo que ella me decía. Pasó el tiempo y su cansancio fue en aumento. Solo se levantaba de cama para comer o asearse; así que la obligue a que visitáramos al doctor. Ella se rehusó muchas veces hasta que un día ya no pudo negarse.

Estando enfrente al doctor escuché lo más horrible, doloroso y desesperante que jamás había oído. Mi mamá ya estaba en fase terminal. El cáncer había invadido su lindo cuerpo. –Mamá querida–. Le dije. –¿Por qué nunca me dijiste lo que estaba pasando? ¿Podríamos haber tomado otras decisiones para que pudieras sanar? ¿Por qué has preferido callar?– Mi mamá con

sus lindos ojos tristes pero llenos de amor me dijo: –Porque te amo y quiero que cada día de tu vida seas muy feliz.

A los pocos días ella se fue, y solo me quedé con sus recuerdos. Y con una gran incertidumbre: si este final podría haber sido diferente si ella no hubiera callado. Ahora un gran pesar habita dentro de mí por no haber aceptado lo que los ojos de mi corazón ya habían visto.

SI SE ACABA

Sara Rosales

I

Siempre supe que lo que había visto era verdad. Era tarde y necesitaba un café para realizar en horas inhábiles la tarea de la maestría.

-¿Si pido un expreso triple, es triple de tamaño o triple de carga?-. Pregunté al barista.

-Triple carga-. Me contestó.

-¡Ah, entonces quiero uno!-

Lo primero que hago es olerlo para despertar la conciencia y sentir esa satisfacción de tenerlo entre mis manos. Dos mesas adelante lo veo ¡Si! Es Claudio, el esposo de mi prima Valeria ¿Con quién está? Me pregunto. Después levanto los hombros y empiezo a retomar mis notas de microfinanzas.

Tres meses después recibo esa llamada que, cuando lo recuerdo, aún me parece incomprensible.

-¡Claudio está muerto!-

-¿Qué?-. Respondo levantándome de mi asiento.

-Lo encontraron tirado en su oficina, inconsciente, ya no hubo nada que hacer-.

Claudio era abogado, muy disciplinado y trabajador. Aprovechó la ola de inseguridad que desde hace tiempo se vive en la ciudad de México y fundó una empresa de seguridad privada.

Valeria se preguntaba ¿Cómo no me di cuenta? ¡Claudio tenía otra familia! A últimas fechas viajaba mucho y sus ausencias eran mayores. Lo atribuía a temas de trabajo y a que cada vez los clientes de Claudio eran de mayor importancia. Sin embargo, a pesar de la carga de trabajo, Claudio estaba rejuveneciendo. Hacía ejercicio y se veía alegre ¿Cómo pasó esto?

A lo largo del tiempo tomó fuerzas para ir aceptando la situación. Había vivido en abundancia y ahora, con la ausencia de Claudio, había mucho qué reconocer. Valeria tenía tiempo sin trabajar así que tomar el control de su vida, sentimientos y herencia iba a ser una ardua labor.

Han pasado 2 años desde la muerte de Claudio. Valeria ha recibido varias compensaciones, entre ellas, las cantidades de los seguros de vida de Claudio. Vale la pena mencionar que son suficientes para que ella viva tranquila lo que le resta de vida. Sin embargo, al ser cantidades importantes, la tentación de cubrir vacíos emocionales es grande y comienza a realizar compras de importes tan grandes como la sensación de que nunca se va a acabar.

-Este café es de Coatepec-. le dice el barista.

-¡Genial!-. Le contesto.

Aunque generalmente lo tomo solo, en esta ocasión lo pedí cortado. Lo observo y lentamente saboreo el primer sorbo. Dos mesas adelante Valeria ya me espera. Veo en su rostro preocupación. Ayer me llamó y me dijo con voz titubeante:

-Ya me acabé el dinero que recibí de los seguros-. ¿Qué puedo hacer?

II

Empieza el mes y no tengo para mis gastos. Me acabé el dinero de los seguros. ¿Por qué compré ese terreno? ¿Por qué gasté en el enganche de ese departamento que finalmente terminé perdiendo? Cuando recibí el dinero, no pensé que se fuera a acabar. Voy a llamar a mi prima; creo que estudió finanzas. Espero que no sea demasiado tarde para pedirle asesoría.

Claudio, ¡Qué en paz no descanse! Falleció hace dos años. Todavía me cuesta entenderlo. Me llamaron para decirme que estaba tirado en el piso de su oficina, inconsciente. Siempre ha sido muy organizado y disciplinado. Así logró formar su empresa. A últimas fechas tenía mucho trabajo; sus ausencias eran largas y ya se había desmayado dos veces. El abogado me lo dijo:

-¡Hay alguien más!-. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Hay otra familia! Debí estar más cerca, saber más de la empresa, ¡Por Dios, ahorrar dinero para el futuro!

Mañana voy a ver a mi prima. Está estudiando una maestría en finanzas. Espero que no sea tarde y me pueda dar opciones sobre qué hacer. Le voy a llevar documentos, sobre todo, aquellos que vi que Claudio guardaba muy cuidadosamente en un mueble de su estudio. Ahora que lo pienso, siempre supe que lo que había visto era verdad pero no lo quise aceptar.

PATITAS

Sara Rosales

Tengo la nariz fría y hambre. Ojalá no hubiera corrido tras ese perro pero cuando me sacan a pasear sale mi instinto de libertad y me dejo llevar. Respiro un aire renovado y un suelo diferente bajo mis patas. No sé cuánto ha pasado desde que se bajó la euforia de estar afuera pero me doy cuenta que estoy solo y extraño a mi persona

¡Hey, tú fuiste al que seguí! ¿Me podrías guiar de regreso a casa?

SIEMPRE SUPE QUE LO QUE HABÍA VISTO ERA VERDAD

Gili Noverola

Siempre supe que lo que había visto era verdad pero ¿Cómo poder creerlo? De pronto, me encontré ahí, confundida, sola, desencantada, enfrentándome a una realidad que durante muchos años intenté evadir, soñando e imaginando que mi mundo era diferente. Estuve en la cima. En mi mundo “no faltaba nada” y, si lo tenía todo, ¿Por qué mi corazón se sentía vacío? Y sí, lo sabía, pero no quería darme cuenta. Sabía que esa seguridad era ficticia y efímera y cerré los ojos ante ello. Y de pronto llegó. La red se rompió y caí al vacío sin ninguna protección. El corazón se rompe. La mente se confunde. El mundo se sacude.

Pero sigo aquí. El sol brilla. El mundo gira. La vida sigue. Y, dentro del caos, llega la luz. Ángeles me tienden la mano y descubro un nuevo mundo. Tengo la oportunidad de crecer, de aportar, de ayudar, de apoyar y proteger. Una nueva semilla germina dentro de mí, me estoy transformando. Soy un nuevo ser. ¡Soy un agente de cambio!

SOLO QUEDA ESPERAR

Claudia García Coria

Suena el teléfono a las 10:00 am, justo después de terminar la junta con C&C. Era mi sobrina, Montserrat, con voz entrecortada, avisándome que había tenido un accidente en la carretera y que ella estaba bien pero su mamá comenzaba con un sangrado que no paraba, justo en la garganta.

Comentó que ya había llegado la ambulancia y se trasladarían al hospital más cercano. En esa llamada, Montse me solicitó que me encargara de los trámites del coche y de recoger a Sugar, su perra de raza labrador, color negra, que las acompañaba y que se quedó encargada con una señora que llegó a auxiliarlas y que vivía sobre la carretera.

Cuelgo el teléfono y me quedo en estado de shock, como si todo se adormeciera, empezando por mi propia conciencia que debía andar medio sonámbula. No podía formular palabra. Mi semblante y mi torpeza al hablar explicaban a mi esposo que algo grave había sucedido.

Tomé mi bolsa y salimos rápidamente rumbo al sitio del accidente, el kilómetro 84 de la carretera Querétaro-México. Tomamos todo el periférico. El waze marcaba 130 minutos de camino, con ganas de tener alas para volar. Durante el camino vienen a mi mente todos los escenarios, incluso la muerte. Inmediatamente me digo: hay que ser positivos. Eso no va a suceder. Mi esposo, reconfortándome, aprieta mi mano y me dice que todo estará bien.

Después de un largo silencio comento:

-Quién lo iba decir, yo vendiendo seguros para proteger a la gente previéndolos de todo, y ahora mira tú lo que pasa, ahora

me toca vivir en carne propia un siniestro ¿Qué cursos, qué exámenes? Ahora completo la lección y me pongo en los zapatos del cliente y recuerdo la infografía que entregas al cliente junto con la póliza ¿Qué hacer en caso de siniestro?-

Ahora yo lo tenía que aplicar. Comencé con la llamada a GNP para reportar el accidente y que fuera un ajustador al lugar. Me proporcionaron el nombre del ajustador y me dijeron que él se pondría en contacto conmigo y, efectivamente, 10 minutos después me marcó y, al darle las referencias del lugar del accidente, me comentó que no le correspondía esa zona geográfica; que deberían enviar ajustador de Tula, Hidalgo y no a él de San Juan del Río, que ahorita lo reportaba. Volví a llamar a GNP y asignaron al ajustador correcto y comentaron que SOLO QUEDA ESPERAR a que llegue.

Al llegar al kilómetro 84, en la orilla de la carretera, se encontraba la grúa con el coche de mi hermana en la plataforma. Un impacto aparatoso, con el parabrisas roto y sumida la puerta y la salpicadera como un acordeón; todo el lado derecho del coche desecho, justo el lado del copiloto, donde venía mi hermana. De manera instantánea sentí un vacío en el estómago. Nuevamente me quedé sin palabras. En el lugar se encontraba una patrulla de la Guardia Nacional y dos oficiales se acercaron y nos platicaron a grandes rasgos lo que ellos creían que había sucedido. Los oficiales, por su experiencia y al ver los golpes del coche, dedujeron que el tráiler de doble caja invadió el carril de alta y mi sobrina frenó pero no pudo evitar el golpe. El último remolque las alcanzó a chocar. Seguramente el chofer del tráiler ni se enteró que golpeó el vehículo porque siguió como si nada. Después de exponer sus teorías, se retiraron sin antes hacer una carta en la que nos deslindaban de cualquier daño a la nación deseándonos que mi hermana se recuperara.

Por fin llegó el ajustador. Sentí un alivio y, tranquila, me dijo que él hacía todo el papeleo y que el coche lo reportaría como pérdida total. Nos permitieron bajar las pertenencias y quitarle las placas al vehículo para después darlas de baja. Sacó las fotos del coche.

El ajustador me solicitó llamarle a mi sobrina para que mandara por mensaje de voz con la narración de los hechos. Ya con eso el ajustador nos dio los pases médicos, dándonos a elegir el hospital para atendernos, y obviamente elegimos el hospital que quedara más cercano a nuestro domicilio. Era el Star Media de la colonia Cuauhtémoc. Firmé unos papeles para que se llevarán el coche y Jesús comentó que SOLO QUEDA ESPERAR a realizar el trámite ante GNP con el número de siniestro para que nos paguen el coche.

De nuevo tomamos camino, ahora para ver a mi sobrina Montse quien ya se encontraba en el Hospital de alta especialidad del ISSSTE en Tultitlán, Estado de México. Cuando llegamos, mi corazón latió más rápido y mi sobrina, de forma instintiva, se acercó a abrazarme y lloramos. Ella estaba y se sentía bien pero estaba sumamente preocupada por su mamá. Ya habían pasado más de tres horas de su llegada al área de urgencias y nadie le había reportado nada. SOLO QUEDA ESPERAR a que los médicos den el reporte.

Posteriormente afuera del hospital, haciendo una reflexión con Montse y mi esposo, decidimos que nos cambiaran los pases a un hospital más cercano al que llevaron a mi hermana. Por si teníamos que trasladarla, que el trayecto no fuera tan largo. Para ello, hablé con Jesús el ajustador para que por favor realizará el cambio de hospital al de Star Media de Cuautitlán y el comentó que eso no era posible porque ya había cerrado el siniestro. Llamé a GNP y me comunicaron al área de siniestros. Una señorita me comentó que sí podía hacer el cambio de pases pero que el cambio se tardaría de 24 a 48

horas. Que SOLO QUEDA ESPERAR. Me enojé porque no era posible que un trámite administrativo se tardara tanto tiempo. Mientras, volví hablar a la línea de GNP con un médico para que me indicará cómo funcionaba el traslado en ambulancia y qué se requería para cambiar a mi hermana de hospital. Me pidieron el parte médico y con ello se podía evaluar si era factible o no el traslado. Para esto ya habían pasado más de 6 horas y no teníamos noticias de mi hermana. Fuimos a Trabajo Social para solicitar el parte médico. Nos dijeron que SOLO QUEDA ESPERAR a las 23:00 de la noche que dieran el reporte. Con la angustia en mi cuerpo le llamé a Diego, mi gerente de agencia, y le platicué que necesitaba cambiar los pases. Me pidió el número de siniestro, nombre del ajustador y teléfono. A los 20 minutos me llama Diego; ya estaba solucionado. Como por arte de magia, el ajustador me volvería a mandar por correo los nuevos pases al hospital que yo requería.

En fin, Diego lo pudo solucionar y nuevamente me puse en los zapatos del cliente que tanto trámite debe hacer. Solo queremos que nos escuchen y nos resuelvan, que esas 24 o 48 horas para hacer un cambio administrativo pueden definir la vida o muerte de una persona.

Ya con el pase del hospital cercano llevamos a mi sobrina a revisión y tuvo algunas contusiones y le dieron una pomada y unas pastillas para el dolor así como un collarín que utilizaría durante 10 días y SOLO QUEDA ESPERAR su recuperación. Ahí mismo pregunté qué necesitaba para llevar a mi hermana a ese hospital y más o menos cuánto costaría. Me dijo que dependía, que por lo general en este tipo de accidentes se requieren muchos estudios y probablemente una estadía en terapia intensiva y el costo por día en esta área es de alrededor de 70 mil a 120 mil pesos el día. Casi me voy de espaldas. Por supuesto, la cobertura de gastos médicos a ocupantes del seguro del auto no podría cubrir más que solo 5 días. Ante

este panorama, como todos los clientes, me puse a pensar. -Jamás venderé una póliza de seguro de autos, si es con el máximo de cobertura para gastos médicos a ocupantes y con una cobertura de indemnización en caso de muerte accidental al conductor-

Hasta que no lo vives te das cuenta cómo escatimamos en nosotros mismos. Preferimos asegurar lo material que a nosotros mismos y además que nos salga barato. A veces el poner este tipo de coberturas suben el costo del seguro entre 200 a 400 pesos y puedes quedar mejor protegido, pero nos vamos por lo más barato.

La venta de seguros de auto es fácil, sin embargo, concientizar al cliente de mejorar coberturas no es fácil. Es una misión titánica ya que la compra del seguro de coche es más bien por precio que por coberturas. La mayoría de las veces el cliente se va por precio.

Con lo que cobraron en la revisión de Montse, quedó saldado el costo del seguro anual del coche. Los clientes no lo ven de esa manera hasta que tienen que vivir la experiencia que le pasó a mi familia.

Esta experiencia ha sido un gran descubrimiento para saber cómo proceder y qué hacer y, sobre todo, ponernos en los zapatos del cliente. No solo es vender un seguro sino cubrir y blindar al cliente contra toda posibilidad que pueda enfrentar.

Regresamos al hospital. Mi esposo y Montse se fueron a casa a descansar. Yo me quedé toda la noche a esperar el parte médico y, efectivamente, como lo advirtieron, a las 23:00 me llamó la doctora de guardia y me explicó el estado en que se encontraba mi hermana.

-Tiene fracturas en toda su cara, la nariz, sus pómulos, las cuencas de los ojos, la mandíbula, la muñeca y su hombro

derecho también fracturado, todo el impacto lo recibió en la cara. Está muy inflamado su cerebro y su abdomen. Se encuentra sedada. La pasaremos a terapia intensiva. SOLO QUEDA ESPERAR a que se desinflame todo para poder dar un diagnóstico. Sus posibilidades de sobrevivir eran 50 y 50-. No podía creer lo que estaba oyendo.

Inmediatamente pase el parte médico a la familia. Mi hermana se llama Adriana. Tiene 58 años. Es la más grande de 4 hermanos. Se jubiló de la SEP. Tiene tres hijos que ya terminaron su carrera y que se están incorporando al mundo laboral. Vive con mi mamá. Es una mujer muy fuerte, sana y con inmensas ganas de vivir y seguir con su familia.

La reflexión de este relato es contarles en carne propia lo que le sucedió a mi familia y que en instantes puede cambiar tu vida. Siempre estamos expuestos. Nuestro actuar depende de nosotros, sin embargo, algo externo, una persona por su imprudencia, puede cambiarlo todo. SOLO QUEDA ESPERAR que no nos topeamos con esas personas o que no seamos de esas personas.

Esta experiencia me enseñó que mi labor como asesor de seguros va mucho más allá de vender un seguro, de ganar dinero. Mi deber es proteger a las familias. Uno nunca sabe qué puede pasar. La vida no se deja planear. Ni siquiera el tiempo meteorológico se puede prever. Un seguro solo disminuirá el riesgo. Enfrentar un siniestro como este te deja indefenso pero el conocimiento para enfrentarlo puede servir de mucho a nuestros clientes. No está en nuestras manos evitarlo pero si asesorarlos y acompañarlos. SOLO QUEDA ESPERAR que esto no vuelva a pasar ni a mí ni a mis clientes, a nadie.

TENTACIÓN

Clarice Lispector

Tenía hipo. Y como si la claridad de las dos de la tarde no fuera suficiente, era pelirroja.

En la calle vacía las piedras vibraban de calor; la cabeza de la niña refulgía. Sentada en los escalones de su casa, ella aguantaba. En la calle, nadie; apenas una persona esperando inútilmente en la parada del autobús. Y como si su mirada sumisa e impaciente no bastara, el hipo la interrumpía una y otra vez, estremeciendo el mentón que, adaptado, se apoyaba en la mano. ¿Qué hacer con una niña pelirroja que tiene hipo? Nos miramos sin palabras, desaliento contra desaliento. En la calle desierta, ni rastro del autobús. En una tierra de morenos, ser pelirrojo es una rebelión involuntaria. ¿Qué importaba si en un día futuro su marca iba a hacerle erguir, insolente, la cabeza de mujer? Mientras tanto estaba sentada en un escalón ardiente de la puerta, a las dos de la tarde. Lo que la salvaba era un viejo bolso de señora con el asa partida. Lo sostenía con un amor conyugal ya acostumbrado, apretándolo contra las rodillas.

Entonces se acercó la otra mitad suya de este mundo, un hermano en Grajaú. La posibilidad de comunicación surgió en el ángulo caliente de la esquina, acompañando a una señora y encarnada en un perro. Era un basset lindo y miserable, dulce bajo su fatalidad. Era un basset rubio.

Allí venía trotando, al frente de la dueña, arrastrando su largura. Desprevenido, acostumbrado, cachorro.

La niña abrió los ojos azorados. Suavemente discreto, el cachorro se paró delante de ella. Le vibraba la lengua. Los dos se miraban.

Entre tantos seres preparados para hacerse dueños de otro ser, allí estaba la niña que había venido al mundo para tener aquel cachorro. Él gruñía suavemente, sin latir. Ella lo miraba por entre el pelo, obstinada, seria.

¿Cuánto tiempo iba pasando? Un gran hipo desafinado la sacudió. Él no tembló siquiera. También ella pasó por alto el hipo y siguió clavándole los ojos.

El pelo de los dos era corto, rojizo.

¿Qué fue lo que se dijeron? No se sabe. Sólo se sabe que se comunicaron rápidamente, pues no había tiempo. También se sabe que, sin hablar, se imploraban. Se imploraban con urgencia, absortos, sorprendidos.

En medio de tanta imposibilidad vaga y tanto sol, para la criatura roja allí estaba la solución. Y en medio de tantas calles para ser trotadas, de tantos perros más grandes, de tantos desagües secos, allí había una niña que parecía carne de su carne rubia. Se miraban profundos, rendidos, ausentes de Grajaú. Pero un instante más el sueño suspendido se quebraría cediendo acaso a la gravedad con que se imploraban.

Pero ambos estaban comprometidos.

Ella con su infancia imposible, centro de la inocencia que sólo se abriría cuando fuese una mujer. Él, con su naturaleza aprisionada.

La mujer esperaba impaciente bajo el toldo. Al final el basset rubio despegó de la niña y, sonámbulo, se alejó. Ella se quedó asustada, con el conocimiento en las manos, en una mudez que ni el padre ni la madre comprenderían. Lo acompañó con los ojos negros que apenas creían, doblada sobre el bolso y las rodillas, hasta verlo doblar la esquina.

Pero él fue más fuerte que ella. Ni una sola vez volvió la mirada.

HÉROE

Luzciel de Gante

Recuerdo vagamente el olor a esas horas de la madrugada, pero el frío avanzaba conforme pasaba el tiempo. Yo esperando sobre un corredor que parecía sin fin, acompañada en silencio por una pareja a la cual había escuchado gritar y llorar minutos antes que mi padre colapsara.

Nos dijeron que esperaríamos. –Qué espera tan larga– No sé, si porque había perdido la noción del tiempo, o por el estado de shock en el que me encontraba. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso no era solo un mal sueño del que despertaría en algún momento? ¿Cómo puede ser, si solo era una gripe con fiebre? Mi mente no lograba hilar los sucesos. Ya había leído que esa etapa se llamaba negación. ¿Qué pasó? Llegamos al hospital y horas después mi padre murió. Pensé en escribir, para aclarar mi mente; a veces al escribir puedo expresarme mejor. El seguir viendo esa escalera esperando a que alguien aparezca y me de ese papel que, dicen, necesitaré para la funeraria, me está desesperando. O en realidad solo siento un vacío enorme en mi cuerpo que crece y me duele y una soledad de las peores que quisiera apaciguar abrazando a la pareja que sigue llorando, al fondo del corredor.

Ya es de madrugada. Siento frío. Por fin una cara conocida. La doctora que atendió a mi papá, a la que rogué me dejara estar junto a él pues no quería que estuviera solo y que finalmente aceptaría –ya pásate, tu padre entrará en paro– Volteé para decirle a mi madre y hermana –vamos, apúrense– Adentro un caos, entre enfermos, doctores y aparatos, nos abrimos camino hasta su cama y llegó ese ruido, ese pttttttt tan molesto. Me acordé que él podría oírme, –no tengas miedo, Dios está aquí–

y dentro de mí sabía que pronto vería a sus seres queridos que tanto extrañaba: mi abue, mis tíos, mis primos.

Seguimos esperando el certificado. ¿Cuántas horas más? La doctora dice que hay mucho trabajo y que no debe tardar mucho. Pero no es así. Pasan horas y, por fin, una enfermera nos pregunta por qué seguimos ahí. Entra. Regaña no sé si a los médicos residentes y minutos más tarde llega ese papel. En realidad son apenas las dos de la mañana. Llegamos al velatorio y no pueden ir por el cuerpo a esa hora. Otra vez a esperar. A las siete de la mañana la veo en el hospital. Me dicen –¿Cómo puede cambiar tanto algo con el mismo nombre?– Me levanto para bañarme y llegar al hospital. Un lugar como archivo donde pronto se abre una puerta y tengo que entrar. Ahí abren esa bolsa negra que contiene el cuerpo y me dicen que confirme que sí es mi papá. De pronto siento escalofríos. No es él. Se equivocaron. Van y buscan otro cuerpo más. Nuevamente un frío me invade. Creo que miedo es el sentimiento, miedo de ver por fin un cuerpo inerte. Ese ya no es mi papá. Ya no es aquel al que confiaba todos mis sueños, aquel que me cuidaba cuando tenía pesadillas, aquel que me enseñaba con el ejemplo, la integridad, honestidad y congruencia. Ya no era...

Como dijo mi hermano en el velorio a sus amigos –se le acabó la energía– Claro, se le fue acabando. Cuando corrió por su vida ese 2 de octubre en Tlatelolco, se le fue acabando. Cuando en su pubertad tenía que mantener a su familia, se le fue acabando. Cuando inició la paternidad de tres hijos, se le fue acabando. Al hacer que su escuela no cerrara, al crear una nueva carrera, pues muy pocos quieren ser físicos o matemáticos.

Hoy ya su cuerpo en una caja. ¿Quién decidió que tendría que vestirse con traje? ¿Dónde está su playera del Cruz Azul? ¿Dónde está su boina y sus lentes? Ese cuerpo ya no es mi

papá. Sigo sin poder llorar, ¿Por qué esa chica llora y llora? ¿Se habrá equivocado? Es mi papá, no el de ella. Otro error. Para muchos estudiantes fue como un padre que no tuvieron. No solo enseñó matemáticas; enseñó poesía, música, a jugar ping pong. Siguen llegando amigos, vecinos, familiares.

Ya han pasado los nueve días. Empieza el camino burocrático. No tenemos su nip de la nómina pero en su trabajo nos orientan y nos dan el dato de su seguro de vida. Poco tiempo después, hoy, escucho la notificación del banco. Ya nos pagaron el seguro. Por fin me invaden unas ganas de llorar. Mis lágrimas se confunden con el agua de la regadera. Siento que no voy a poder parar de llorar. Hoy, después de sentirme en un abismo, de estar en mi peor situación económica, sigue mi padre cuidándome. Me da oxígeno financiero para salir adelante.

Hoy ya pasaron más de cuatro años. Hoy he dejado la ingeniería a un lado. Hoy ayudo a personas para que sigan cuidando a sus seres queridos, a blindar patrimonios pero, sobre todo, a que sigan héroes creciendo en este mundo.

Gracias vida. Gracias papá. Gracias familia. Gracias trabajo. Gracias. Gracias. Gracias.

TONATIUH

Jean Jiménez

*“El rostro es lo que no se
puede matar, o, al menos, eso
cuyo sentido consiste en
decir: No matarás”*

Emmanuel Levinas

–¿Estará vivo? ¿Y si no se levanta? ¿Y si no despierta?
¡Demonios! ¿Qué hago?–. Me dirigí junto con Culichi, el ser
perruno que bendecidamente me acompaña a todos lados,
hacia el cuerpo que estaba inmóvil en la jardinera, en la
esquina del edificio donde vivo. El cuerpo no se movía y no
se alcanzaba a ver si respiraba. Tampoco hacía ruido. Llevaba
ahí un rato y se me hacía increíble que nadie se detuviera a
revisar si podía hacer algo para ayudar.

Culichi iba muy tranquila pero olfateando fuertemente. Nos
acercamos e intentamos lanzar una mezcla de saludo y ruido
para provocar que se levantara la figura que estaba tirada.
Parecía ser un hombre joven. No tuvimos respuesta, así que
entramos de nuevo a casa y la perruna se quedó en su sillón
mientras yo agarraba un suero y un taco que unos momentos
antes había preparado para la comida del día.

Bajé y me dirigí hacia la jardinera nuevamente. Mientras me
acercaba, mi corazón latía fuerte... No sabía qué iba a pasar.
En verdad parecía un cuerpo sin vida. Pensé en meterme y

pasar por alto lo que había visto. Pero algo me decía que no lo hiciera. –¡Compa, compa!– Le decía mientras movía su pie con el mío. –Compa, ¿estás bien?– Dije muy fuerte unas 3 o 4 veces. De repente, el cuerpo que había estado tirado totalmente inmóvil, se levantó muy rápido y se cubrió el cuerpo como si le fuera a pegar.

–¡No, no, no! No te preocupes, no te voy a hacer nada. ¿Estás bien?–

–¿Eh?– me dijo con un tono muy confundido

–¿Quieres agua?–

–¡Si!–

Me dijo con voz cansada y acentuando con la cabeza. Se veía muy confundido. –Espera, te abro esto, te va a caer muy bien. ¿Qué necesitas? Toma un taco, come–

–Ah, si–.

Se llevaba sus delgadas manos al cuerpo como si se fuera a tapar con una cobija. Era un chavo. Tenía aspecto de niño, un morrito, diría yo. Entonces, le pregunté: –¿Tienes frío?–

–Hmmm. ¿Tienes algo de tapar?– Preguntó con voz suave. Mientras empezaba a agarrar la botella del suero que se agitaba lentamente con sus manos débiles y temblorosas.

–Espérame, déjame te traigo algo–.

Volví a entrar rápidamente a casa por algunas cosas y bajé corriendo. Regresé junto al morrito nuevamente y le pregunté si tenía a alguien a quien hablarle.

–No, no quiero hablar con nadie–.

Bueno –¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? ¿De dónde vienes?–

–Tengo 21 años. Me llamo Tonatiuh y he estado allá en la avenida grande, me decía mientras señalaba hacia el sur–.

Eso me contestó, pero mientras lo veía, no creía que tuviera 21 años. Para mí, se veía de 15. No creo que ni siquiera llegara a los 17 años. Tenía una mirada inocente pero triste. Se

veía que tenía miedo de vivir y de sufrir. Volteé para recoger una bolsa con algunas cosas que le había preparado y la cobija que me había pedido.

Cuando volví a voltear hacia él, empezó a llover fuertemente y Tonatiuh ya no estaba pero, inmediatamente, distinguí un colibrí merodear entre las flores del árbol que está en la jardinera. Gracias, Tonatiuh.

MI AYER

Gabriela Dodero

“Mi ayer” es una pintura realizada al inicio del siglo XX. Disruptiva para su época, Olivia, su creadora, siempre la tuvo consigo. La pintura refleja la alegría de cuando todo es posible. Es un amanecer, aunque algunos dicen que puede ser un atardecer. Las pinceladas son largas, firmes; dominan las líneas curvas. No es realista pero tampoco abstracta. Las formas no son precisas; las líneas cruzadas juegan con el espectador que reconoce, mas no ve, al sol ni al mar. Es una pintura que transmite vida.

Olivia aprendió a pintar antes de aprender a leer. Su papá, el bohemio del pueblo, fue su primer maestro. Él vivió siempre de la pintura y de las caricaturas que les hacía a los turistas con el mar de fondo. Olivia buscó ir a una institución establecida para ampliar sus conocimiento y volar con su propio estilo; su papá siempre la apoyó y cuando logró la beca del Instituto de Artes Plásticas más reconocido del país brindaron por ello. Al amanecer de su partida, como despedida, Olivia tomó su equipo para pintar al aire libre. Se sentó frente al mar para apropiarse de su lugar amado; estuvo horas hasta que logró la pintura deseada. La llevó consigo a todas partes; una de las pequeñas líneas junto al mar representaba a su papá.

Cuando vivía cerca del mar, aprendió a comunicarse con su papá mediante la pintura y cuando voló se comunicó con el mundo entero a través de ella.

Tardó años en ponerle nombre a la pintura. Lo hizo cuando ya conocía la alegría de los deseos cumplidos, el sabor de los grandes triunfos y el amor, pero también cuando ya había

vivido decepciones, descalabros y dolor. La llamo “Mi ayer” Siempre coloco “Mi ayer” en el lugar más importante de su casa para que pudiera ser admirada y comentada por todos. Fueran expertos o aficionados, siempre decían algo bueno de ella; siempre se la quisieron comprar.

Cuando Olivia cumplió 80 años el doctor le confirmó que perdería totalmente sus recuerdos. Sin decirle nada a nadie regresó a su pueblo junto al mar. Su final sería un misterio para todos en lugar de un triste final. Dispuso la enterraran en el panteón privado cerca de la casa en la que vivió con su papá; desde ahí se veía el mar. No le pusieron lápida pero sí hubo instrucciones claras de qué hacer con la pintura de “Mi ayer”. Debía ponerla dentro del ataúd cubriéndole el rostro, protegida, para que no sufriera daño alguno y también se colocó el título de propiedad para quien la encontrara.

Pasaron los años. Un día, la administración del panteón ya no tuvo espacios que vender por lo que revisó los contratos temporales no renovados, entre ellos, el de Olivia e hicieron los trámites para liberar los espacios. Procedieron a la exhumación de los cuerpos. Abrieron los ataúdes. Los restos los colocaron a la sombra de un árbol para llevarlos posteriormente a una fosa común. La fortuna o el destino o el azar quiso que ese día una turista nacional llamada Olivia, a la que le habían puesto su nombre por la pintora, doctora en historia del arte, visitara el pueblo y como tuvo tiempo decidió ir al panteón a buscar la tumba de Olivia. Sabía del misterio que envolvía su final pero al entrar en el cementerio se le olvidó lo que buscaba. Éste parecía bombardeado; huesos por todos lados, ataúdes abiertos, algunos destrozados. Localizó a las personas que estaban haciendo ese horror y se dirigió a ellos para preguntarles qué pasaba. En ese momento habían terminado de sacar los restos de Olivia. Revisaron si había algo más dentro del ataúd y sacaron una bolsa de

plástico mohosa que abrieron para ver qué había dentro. Era una tela con bonitos colores pero, como era de un muertito, la volvieron a meter en la bolsa de plástico y la volaron para que cayera junto con los demás artículos que cremarían. De nuevo, Olivia olvidó lo que iba a preguntar porque vio los colores y las líneas de lo que había en el lienzo. No lo podía creer: era el cuadro de “Mi ayer”. En su casa tenía una reproducción de él. Lo que siguió es historia. Ahora el cuadro está colgado en el museo más importante de arte moderno de la capital iluminando a quien se deja iluminar

VICOQUIE

Gabriela Dorero

Durante parte de mi infancia y mi adolescencia hubo muchos fines de semanas mágicos donde la monotonía quedaba atrás. La aventura empezaba los viernes en la tarde cuando los 8 que integrábamos la familia nos subíamos al viejo Buick de mi papá. Eran mis papás, mis hermanas, mis hermanos y yo. Mi papá tomaba la carretera federal rumbo a Cuernavaca y, faltando 2 kilómetros para llegar, viraba el volante 90 grados y entrábamos al pueblito de Santa María. Nos convertíamos en habitantes de otro mundo. La naturaleza exuberante parecía que se iba a comer las calles sin pavimentar, casi siempre enlodadas y con inclinación; o subías o bajabas. La iglesia y su atrio eran el único espacio libre de lodo y maleza. Cuando llegábamos a un puente que cruzaba el río que atravesaba el pueblo y que era de un solo carril sabíamos que ya solo nos faltaba subir una colina para llegar a la casa de mis tíos Beca y Rafael. Mi papá tocaba el claxon ante el gran portón blanco. Lázaro, el portero, lo abría, siempre con una gran sonrisa.

Mis tíos llamaban a su casa “Vicoquie” (vive como quieras) decían que la mejor forma de disfrutar era no pedir permiso de nada. Su casa fue un oasis que gozamos aún antes de su construcción porque cuando compraron el terreno nos invitaron a un día de campo para que conociéramos el lugar. A partir de ese momento, un nuevo mundo me abrió sus puertas y entré. Ese día descubrí el sabor del mango verde con sal y piquín que me hizo estremecer, el aire frío que penetró mi delgado suéter gris verde sin darle resistencia alguna, el atardecer con nubes arremolinándose al sol que ya amenazaba con desaparecer pero, mientras, las salpicaba de un tenue

color rosado. Me volví parte de todo aquello.

El proyecto de casa de mis tíos me hizo soñar y no me decepcionó. Tenía jardines con árboles frutales, una alberca que daba la apariencia de dos porque tenía un estrechamiento cubierto por un pequeño puente quedando de un lado la alberca para los niños, con una profundidad quizás de 50 cm, y la otra alberca para jóvenes, quizás con una profundidad inicial de 1.30 metros. Mis tíos “Vicoquie” tenían un hijo y una hija. El hombre tenía 8 años más que yo; era guapísimo. Tocaba la guitarra y enamoraba. Sus amigos también eran guapos, pero no tanto. Cuando ellos estaban, que era seguido, todo brillaba un poco más.

La casa estaba en la parte más alta de la propiedad. Para entrar había que atravesar una gran terraza. El acceso era mediante una puerta de cristal que más parecía una pared por sus dimensiones. Se entraba al comedor; en el centro había una mesa redonda para 12 personas. La madera era pesada. Quien se sentaba en el lugar que veía a la puerta de cristal contemplaba, en la distancia, después de muchos cerros grises-azulados, al Popocatepetl. Era el lugar de mi tío. Cuando él no estaba, me sentaba ahí. Era su espacio favorito no solo porque veía la grandeza de la naturaleza, sino porque desde ahí dominaba las terrazas y las albercas; observaba a la gente disfrutar. Pienso que ver feliz a sus invitados gratificaba su espíritu. Había paz en él.

Todos esos fines de semana los viví dentro de un cuento de hadas llamado Vicoquie. Empecé a entender la vida a veces de forma clara y transparente como una primera caricia, otras veces revelándose poco a poco como los miedos no enfrentados. Pero, a veces, hubo sucesos ininteligibles de difícil comprensión. Quizás porque los parámetros terrenales

no alcanzan para explicarlos. Uno de esos eventos fue el que viví un domingo. No fue espectacular ni estruendoso; nadie se enteró, pero sucedió. Desde ese día lo guardé en mi memoria; compartido muy pocas veces.

Quizás llevábamos yendo a casa de mis tíos 2 años y un domingo de muchos invitados y gran algarabía llegó un matrimonio con dos chiquitas que rondaban los 4 años. Recuerdo que las vi llegar. El sol estaba en su apogeo. Las albercas a reventar; en la de jóvenes jugaban voleibol. Entré al agua y me dirigí al escalón bajo el puente para sentarme y ver el juego. Como dije, era un gran escalón que no se veía porque estaba bajo el puente. Al llegar al escalón antes de sentarme sentí unas manitas que se aferraron a mi pierna derecha. Busqué dentro del agua; era una de las chiquitas que se estaba ahogando. La levanté y la saqué del agua; la puse en la orilla de la alberca. Lloraba pero estaba bien. Me alegré, pero de inmediato me preocupé por mí ya que tenía fama de tremenda y no fueran a pensar que le había hecho algo por lo que de inmediato me regresé al escalón y en eso, de nuevo, pero ahora mi pierna izquierda tropezó con un bultito suave. Era la otra chiquita acurrucada en el piso de la alberca. Esta vez no hubo manitas aferrándose; solo me tropecé. Imagino había ido detrás de la hermana. La saqué y la puse junto a la hermana. Recuerdo que les dije que tuvieran cuidado, que había un escalón muy alto. Me regresé y ahora sí pude sentarme en el escalón; mi cabeza apenas sobresalía del agua. Desde ahí observé que nadie se dio cuenta. Yo no lo conté y la vida siguió. Salvé dos vidas no por ser un ángel o haber tenido la intención de serlo pero para ellas lo fui y con ello se evitó la tragedia. Continuó la armonía y la riqueza de esa época. Hay algo más allá del suceso pero explicarlo es difícil.

Con los años, cada vez íbamos menos a la casa de los tíos Vicoque. Hasta que no volvimos. Cómo me gustaría recordar

cuándo y cómo fue la última vez, como recuerdo la primera vez, pero cada uno tomó su camino. Han pasado décadas desde la última vez pero la enseñanza no terminó ahí. Su recuerdo sigue siendo un bálsamo que me estimula o me tranquiliza. En Vicoque descubrí la relajación de las normas sin tormentas, lo bello y su contraparte que también puede ser hermoso, que todos podemos ser ángeles sin proponérselo. Ahora sé que estamos dentro de un gran tablero donde hay energías poderosas, por llamarlas de alguna forma, que nos llevan a espacios específicos y con ello quizás cambiar el rumbo de nuestra historia o la historia de otros. La magia nos rodea.

¿Alguna vez en tu camino has reconocido un ángel? Si la respuesta es no, es tiempo de abrir tus ojos, escuchar y sentir.



